

Cristo en nosotros, la esperanza de gloria

Cristo en nosotros, la esperanza de gloria /15

Autor: Max Billeter

Texto bíblico:

Colosenses 3:18-19

Cristo en nosotros, la esperanza de gloria /15

Lo que debe caracterizar nuestra vida de familia

Hasta ahora nos hemos ocupado de la esfera de los creyentes tal y como se nos muestra en los versículos 12 a 17. Pero en los capítulos 3 y 4 hay pasajes que, en realidad, se aplican a lo que ya fue tratado y a lo que sigue. Los versículos 16 y 17 tienen igualmente una gran importancia para la vida de familia.

La Palabra de Cristo

También en la familia cristiana, la Palabra de Cristo debe morar en abundancia. Lo contrario de la abundancia es la escasez. ¿No debemos comprobar, a veces con tristeza, que leemos insuficientemente la Biblia? Es una pérdida. El profeta Isaías debió lamentarse una vez en lo que concierne al pueblo terrenal de Dios: “Mi pueblo fue llevado cautivo, porque no tuvo conocimiento” (5:13). ¿No es también un peligro para nosotros? Tomemos a pecho esta exhortación: “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros” (Colosenses 3:16), enseñándonos y exhortándonos unos a otros en toda sabiduría. En la familia, es ante todo el deber del padre. Pero la madre también, en su lugar, tiene su parte en conducir a sus hijos a amar al Señor Jesús. ¡Qué privilegio para todos los que tienen una madre que les habla del Salvador! Aquel que tiene un padre que cada día lee en la mesa la Palabra de Dios, durante las comidas de la familia, también puede considerarse feliz. El Señor Jesús es la sustancia de la Palabra de Cristo. Por eso aquí no se dice: la **Palabra de Dios**, sino que la **Palabra de Cristo** more en abundancia en vosotros. Esta enseñanza debe tener lugar en sabiduría en el seno de la familia. No debemos sobrecargar a nuestros hijos, por ejemplo no teniendo en cuenta su edad o su capacidad de comprensión.

El cántico espiritual

Cantar cánticos en familia no debe ser olvidado, porque la alabanza eleva nuestros pensamientos, y la acción de gracias nos guarda de caída. Estoy convencido de que los que han crecido en una familia en la que se canta mucho, son guardados de muchos peligros. ¡Escuchar bellos cánticos no tiene el mismo valor que cantarlos! Cantar es mejor que escuchar un CD. Escuchar también puede resultar en bendición, sobre todo si estamos solos. Pero esto no reemplaza el canto en familia. Por eso deseo animar a los creyentes a tomar un nuevo impulso para cantar juntos en las casas.

La acción de gracias

La acción de gracias es igualmente un elemento importante en la familia cristiana. En particular la oración antes de las comidas siempre nos pone de nuevo en contacto con Dios. Podemos darle gracias no solo por la comida, sino también por el don de su Hijo, y por la gran salvación que hemos recibido en él.

El matrimonio

El matrimonio es dado por Dios

En los versículos 18 y 19, tenemos primero ante nosotros el ámbito del matrimonio. Por eso empezamos con algunas reflexiones fundamentales sobre el matrimonio: Fue dado por Dios en el momento de la creación. En el relato que tenemos de él, se hace referencia dos veces al matrimonio. “Creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó” (Génesis 1:27). Dios, por su **poder** divino, creó al hombre. En el capítulo 2, encontramos cómo eso se produjo. Primero, el hombre: “Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente” (v. 7). Notemos que el verbo utilizado aquí no es **crear**, sino **formar**. Para la creación de la mujer, el Espíritu Santo utiliza la expresión: **edificar**. “De la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo (edificó, nota V.M.) una mujer, y la trajo al hombre” (v. 22). Tenemos la impresión de que Dios tuvo un cuidado particular para **edificar** a la mujer. Para **formar** al hombre y para **hacer (edificar)** a la mujer, hacía falta la **sabiduría** de Dios. El poder y la sabiduría de Dios hicieron al ser humano y nos dieron el matrimonio. Esto tuvo lugar antes de la caída.

El matrimonio sufre las consecuencias de la caída

No debemos olvidar que el matrimonio está afectado por la caída. Esto es importante para comprender las enseñanzas de la epístola a los Colosenses acerca del matrimonio. Después de la caída del hombre en el pecado, encontramos en Génesis 3 las siguientes declaraciones de Dios: “A la mujer dijo: Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos; y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti. Y al hombre dijo: ...con dolor comerás de ella (la tierra) todos los días de tu vida. Espinos y cardos te producirá, y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan” (v. 16-19). Tales son las consecuencias de la caída para el matrimonio. En cada matrimonio, que es dado por Dios como una perfecta armonía, existe cierta tensión a causa de la caída. Debemos saber que en general la esposa siempre espera de su marido más de lo que este puede darle. Por eso está escrito: “Tu deseo se-

rá para tu marido”. Y el marido debe comer su pan con el sudor de su rostro. Esto significa que debe desplegar mucha energía en su actividad profesional y puede dedicarse menos a su esposa. Esta tensión está presente en todo matrimonio. Debemos tener en cuenta esos dos hechos. No obstante, es verdad que el matrimonio es un don magnífico de Dios para nosotros, seres humanos, que debemos guardar con cuidado. Todo matrimonio está considerado como unido por Dios, porque es **él** quien dio el matrimonio al hombre. En el corazón de los creyentes, cualquier capricho de divorcio debería ser inmediatamente juzgado. Veamos para honrar ese don de Dios. Es la relación más elevada que Dios le dio al hombre aquí en la tierra.

No todos se casan

Dios no lleva a todos los creyentes al matrimonio. Hay quienes se quedan solteros. El Señor mismo habla de esto en Mateo 19:11-12: “No todos son capaces de recibir esto, sino aquellos a quienes es dado. Pues hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que son hechos eunucos por los hombres, y hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos. El que sea capaz de recibir esto, que lo reciba”. Aquí vemos tres motivos por los que algunas personas no se casan:

- La primera posibilidad es que son de nacimiento ineptos para el matrimonio.
- También sucede, lamentablemente, que algunos padres no dejan que sus hijos ya adultos se vayan de la casa paterna, de forma que estos son incapaces de entrar en una nueva relación en el matrimonio. (Además, también existen otros motivos por los que algunas personas no pueden casarse).
- También están los que, voluntariamente, renuncian al matrimonio, a fin de poder servir mejor al Señor. El Señor indica aquí este motivo: **por causa del reino de los cielos**.

Pero en general, Dios conduce al hombre al matrimonio, puesto que dijo: “No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él” (Génesis 2:18).

Versículo 18: “Casadas, estad sujetas a vuestros maridos, como conviene en el Señor”.

La sumisión de la esposa

En Colosenses 3, el apóstol se dirige primero a las esposas y después a los maridos. Existe el peligro de que los maridos fijen su atención en lo que se dice a las esposas, y las esposas en lo que se dice a los maridos.

En el versículo 18, las esposas son directamente interpeladas. Esta palabra es tanto para sus corazones como para sus conciencias. Deben saber primero que los hombres no son mujeres. Los hombres tienen razonamientos que las mujeres no pueden jamás entender completamente, precisamente porque ellas no son hombres. Cuando no se comprende al otro en su manera de pensar y de obrar, existe el peligro de subestimarlos. No obstante, la Biblia dice a las esposas que ellas deben tomar el lugar de la sumisión para con los maridos. Lo opuesto a la sumisión es la rebelión. Podría suceder que en el corazón de la mujer casada, aparezcan pensamientos de rebelión contra su marido. En ese caso, ella debe juzgar inmediatamente delante del Señor tales pensamientos como pecado, pues estos destruyen el matrimonio. “Cazadnos las zorras, las zorras pequeñas, que echan a perder las viñas” (Cánticos 2:15). ¡Tengamos cuidado de los pequeños principios que son tan destructivos de la vida conyugal!

El versículo 18 añade: “como conviene en el Señor”. La exhortación a la sumisión está relacionada con la persona de nuestro Señor. Esto tiene tres significados:

- El Señor es el **ejemplo** para la sumisión. Como hombre, estuvo perfectamente sujeto a su Dios en todos sus caminos. Así pertenece a las mujeres imitar ese ejemplo elevado y perfecto del Señor Jesús.
- El Señor es la **motivación** para tal actitud. Porque es nuestro Salvador, las esposas tienen, por amor a él, el privilegio de dar continuidad a este mandamiento divino.
- El Señor es el **límite** para esta actitud. Si un marido exige de su mujer algo que contradice directamente la Palabra de Dios, ella no debe obedecer a su marido en ese punto. Si por ejemplo un marido exige a su mujer que se adorne de oro o de perlas, ella no debe someterse. Porque está escrito en 1 Timoteo 2:9: “Que las mujeres se atavíen... no... con oro, ni perlas, ni vestidos costosos”. Pero en lo demás, ella debe escucharlo y someterse espontáneamente.

Versículo 19: “Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas”.

El amor de los maridos por sus mujeres

Para los maridos, también es muy importante saber que las mujeres tienen sentimientos que un hombre jamás puede comprender totalmente. Muchos jóvenes casados comprueban con tristeza la falta de una perfecta armonía entre ellos. Pero debemos tener en consideración que Dios hizo a los hombres con sus razonamientos particulares, y a las mujeres con sus sentimientos parti-

culares. Como maridos, no siempre podemos comprender los sentimientos de nuestras mujeres. Entonces ellas se ponen a llorar. Nosotros, los maridos, preguntamos: ¿Por qué lloras? La mujer le dice a su marido lo que la oprime, y él no llega a comprenderla porque no es mujer. Como maridos, estamos en peligro de despreciar a nuestras esposas a causa de sus sentimientos. Por eso la Biblia nos invita a amar a nuestras esposas. El apóstol nos dice en 1 Pedro 3:7 que los maridos debemos dar honor a nuestras mujeres. Lo contrario del amor no es el odio, sino la indiferencia a las aflicciones de su propia esposa. Esta indiferencia en el corazón de los maridos —ya sea que seamos jóvenes o mayores— debemos juzgarla inmediatamente delante del Señor.

En la epístola a los Efesios, que desarrolla algo más la vida conyugal, los maridos están invitados a sustentar y cuidar a sus mujeres (Efesios 5:29). Sustentar significa: darle lo que ellas necesitan. Cuidarlas quiere decir: darles lo que ellas desean. El deber de los maridos es sustentar a sus mujeres en lo que ellas necesiten, material y espiritualmente. Pero nuestras esposas, además, tienen deseos. También estamos invitados, nosotros, los maridos, a estudiar los deseos de nuestras esposas y a satisfacerlos. Hay evidentemente deseos que no podemos satisfacer. Raquel, la mujer de Jacob, dijo una vez a su marido: “Dame hijos, o si no, me muero”. A lo que Jacob respondió: “¿Soy yo acaso Dios...?” (Génesis 30: 1-2). Pero aun cuando no podemos satisfacer todos los deseos de nuestra esposa, no deberíamos ser indiferentes a sus deseos y aflicciones. Este es el verdadero amor. Se muestra no solo en palabras, sino también en los hechos y con paciencia.

“No seáis ásperos con ellas”. Los maridos a menudo están sometidos a una gran tensión en la vida profesional. Por eso, al final del día, corren el peligro de usar a sus esposas como pararrayos. Vuelven a sus casas tensos y descargan allí su irritación y sus frustraciones. Pero el Señor no nos ha dado una esposa para eso. Si esto representa un peligro para nosotros, debemos superarlo con el Señor. Intentemos encontrar la paz interior antes de llegar al hogar.